

LIBRO PRIMERO

En el abrevadero

(Donde los seres siniestros acuden a beber)

1

Sueño con el rostro de la muerte.

Es un rostro que cambia continuamente, mostrado por muchos en un momento inoportuno, mostrado por todos en última instancia. He contemplado este rostro un sinnúmero de veces.

Es tu trabajo, tonta.

Me lo dice una voz en sueños.

La voz tiene razón. Trabajo en la oficina del FBI de Los Ángeles, y me encargo de perseguir a los criminales de la peor calaña. Asesinos de niños, asesinos en serie, hombres (y a veces mujeres) sin conciencia, escrúpulos ni remordimientos. Es lo que vengo haciendo desde hace más de una década, y aunque no he visto todas las máscaras de la muerte, he visto la mayoría de ellas. La muerte es infinita y desgasta. Su rostro descarnado corroe el alma de una persona.

Esta noche, ese rostro cambia como un foco en la niebla, moviéndose entre tres personas que conocía: mi marido, mi hija, mi amiga. Matt, Alexa, Annie.

Muertas, muertas y muertas.

Me encuentro frente a un espejo en el que no se refleja imagen alguna. El espejo se ríe de mí. Rebufa como un asno, muge como una vaca. Le asesto un puñetazo y el espejo se hace añicos. En mi mejilla brota un moratón como una rosa. Intuyo que es un moratón precioso.

Mi imagen se refleja en los fragmentos del espejo.

Oigo de nuevo la voz: la luz sigue iluminando las cosas aunque estén rotas.

Me despierto de este sueño abriendo los ojos. Es curioso pasar de un sueño profundo a despabilarte por completo en un abrir y cerrar de ojos. Pero al menos ya no me despierto gritando.

Lamentablemente, no es el caso de Bonnie. Me vuelvo para mirarla, procurando no turbar su sueño. Compruebo que está despierta, mirándome a los ojos.

—¿Te he despertado, tesoro? —le pregunto.

Ella menea la cabeza, diciendo que no.

Es tarde, pero es uno de esos días en que apetece seguir durmiendo. Si Bonnie y yo quisiéramos, no tardaríamos en volver a conciliar el suelo. Abro los brazos y mi hija adoptiva se acurruca contra mí. La abrazo con fuerza, pero no demasiada. Aspiro la fragancia de su pelo y la oscuridad nos reclama con el murmullo de la marea oceánica.

Cuando me despierto, me siento estupendamente. Auténtica y muy descansada, como no me he sentido en mucho tiempo. El sueño me ha producido un efecto purificador. Suavemente depurativo.

Me siento relajada, distante y en paz. No tengo ningún problema especial que me preocupe, lo cual no deja de ser raro; la preocupación es como una extremidad imaginaria para mí. Es como si me hallara en una burbuja, o quizás en el útero materno. Gozo con esa sensación, sintiéndome flotar durante un rato, escuchando mi propio sonido blanco. Es sábado por la mañana, no sólo literalmente, sino como estado anímico.

Me vuelvo hacia el lado de la cama que ocupa Bonnie, pero veo tan sólo la sábana arrugada. Aguzo el oído y oigo sus pasos ligeros. Los pasos de una niña de diez años, moviéndose por la casa. Tener una hija de diez años es a veces como vivir con un hada. Es mágico.

Me desperezo voluptuosamente, como una gata, lo cual me produce una sensación maravillosa. Sólo falta un detalle para que la mañana sea perfecta. Al pensar en ello, olfateo el aire.

Café.

Me levanto rápidamente de la cama y bajo a la cocina. Observo con satisfacción que sólo llevo puesta una vieja camiseta y lo que llamo mis «bragas de la abuela», además de unas ridículas zapatillas de felpa con forma de elefante. Mi pelo parece como si acabara de soplar un ciclón a través de él. Pero nada de eso importa, porque es sábado, y estamos Bonnie y yo solas.

Ella me recibe al pie de la escalera con una taza de café.

—Gracias, tesoro. —Bebo un sorbo—. Está perfecto —digo asintiendo con la cabeza. Es cierto.

Me siento a la mesa del comedor para beberme mi café. Bonnie bebe un vaso de leche, y nos miramos. Es un silencio extraordinariamente cómodo. Sonrío.

—Hace una mañana espléndida, ¿no crees?

Bonnie sonrío también, y su sonrisa me cautiva de nuevo, lo cual no representa ninguna novedad. Asiente con la cabeza.

No habla. Su mudez no es consecuencia de un defecto físico. Es debido a que un psicópata torturó y asesinó a su madre delante de ella. Y a que el asesino la ató luego al cadáver de su madre, cara a cara. Bonnie permaneció tres días así. Desde entonces no ha pronunciado una palabra.

Annie —su madre— era mi mejor amiga. El asesino fue a por ella para lastimarme a mí. A veces comprendo que Annie murió porque era mi amiga. La mayor parte del tiempo procuro no pensar en ello. Finjo que no existe, que es algo demasiado monstruoso, siniestro y desgarrador, una sombra del tamaño de una ballena. Si me enfrentara con frecuencia a esa realidad, me destruiría.

En cierta ocasión, cuando yo tenía seis años, me enfadé con mi madre por un motivo que ni siquiera recuerdo. Yo tenía un gatito llamado *Mr. Mittens*, y éste se me acercó con esa empatía que poseen los animales, sabiendo que yo estaba disgustada. *Mr. Mittens* me ofrecía su cariño incondicional, y yo le recompensé asestándole un pequeño puntapié.

El animal no sufrió ninguna lesión permanente. Ni siquiera temporal. Pero ya no volvió a comportarse como un gatito. A partir de entonces, cuando alguien iba a acariciarlo, retrocedía espantado. Incluso hoy en día, cuando pienso en *Mr. Mittens*, siento un intenso remordimiento. No una leve punzada, sino un sentimiento lacerante, un profundo dolor en el alma. Nunca le he contado a nadie lo que le hice al gatito. Es un secreto que me llevaré a la tumba, un pecado por el que prefiero ir al infierno antes que confesarlo.

Cuando pienso en Annie, me siento como si hubiera matado a *Mr. Mittens* a patadas. De modo que prefiero no pensar en ello, cosa que consigo casi siempre.

Annie me dejó a Bonnie. La niña es mi penitencia. No es justo, porque es mágica, maravillosa, como los días soleados. Pese a su mudez, sus gritos por las noches y lo demás. Una penitencia

debería comportar cierto sufrimiento; Bonnie sólo me aporta sonrisas.

Pienso en todo ello en un instante, mientras la observo. Los pensamientos se mueven con rapidez.

—¿Qué te parece si durante unas horas no hacemos más que holgazanear y luego vamos de compras?

Bonnie piensa en ello unos momentos. Es uno de sus rasgos característicos. No responde nunca a la ligera. Lo medita todo profundamente, asegurándose de que al responder lo hace con sinceridad. Ignoro si se debe a la terrorífica experiencia que vivió o si es un rasgo innato de su personalidad. Cuando se decide, me hace saber su respuesta con una sonrisa y un gesto de asentimiento con la cabeza.

—Estupendo. ¿Te apetece desayunar?

Esto no requiere ninguna consideración por parte de Bonnie. La comida es una excepción a su costumbre de meditarlo todo, y asiente enseguida con entusiasmo.

Preparo unos huevos con beicon y tostadas. Mientras desayunamos, decido hablar con Bonnie sobre la semana que viene.

—Te dije que me había tomado unas semanas de vacaciones, ¿recuerdas?

Ella asiente con la cabeza.

—Lo hice por varias razones, pero sobre todo por una. Quería hablar contigo de ello porque... es una cosa conveniente, aunque quizá resulte algo duro. Duro para mí.

Bonnie se inclina hacia delante, observándome con una intensidad sostenida, paciente.

Bebo un trago de café.

—He decidido que ha llegado el momento de deshacerme de algunas cosas. Cosas como la ropa de Matt, sus artículos de tocador. Y algunos juguetes de Alexa. No me refiero a fotografías ni objetos de ese estilo. No pretendo borrar a Matt y a Alexa de mi vida. Pero es que... —Busco las palabras adecuadas. Cuando doy con ellas, forman una frase bien simple—: Ya no viven aquí.

Una sola línea, sucinta. Rebosante de todo el significado, conocimiento, temor, amor, esperanza y desesperación del mundo. Pronunciada al cabo de una larga travesía por un desierto de oscuridad.

Soy jefa de la Unidad de Crímenes Violentos en Los Ángeles. Soy muy buena en mi especialidad. Dirijo un equipo compuesto por tres personas, todas ellas seleccionadas por mí, unos agentes de una profesionalidad ejemplar. Podría hacerme la modesta, pero mentiría. Lo cierto es que cualquier psicópata al que mi equipo persiga lo tiene crudo.

Hace un año, perseguíamos a un hombre llamado Joseph Sands. Un tipo amable con sus vecinos, un padre bondadoso con sus dos hijos, que sólo tenía un defecto: estaba vacío por dentro. A él no parecía importarle, pero estoy segura de que a las mujeres jóvenes que torturaba y asesinaba, sí.

Le seguíamos la pista —es decir, estábamos a punto de descubrir su identidad—, cuando ese hombre cambió mi vida. Una noche irrumpió en mi casa y, utilizando tan sólo una cuerda y un cuchillo de caza, puso fin al universo que yo conocía. Mató a mi marido, Matt, ante mis ojos. Me violó y desfiguró mi rostro. Tomó a mi hija, Alexa, y la utilizó a modo de escudo para que recibiera la bala que yo disparé contra él.

Yo le devolví el favor acribillándolo a balazos con mi pistola, recargándola y vaciándola de nuevo sobre él. Posteriormente pasé seis meses tratando de decidir si quería seguir viviendo o saltarme la tapa de los sesos.

Luego Annie murió asesinada y yo me hice cargo de Bonnie, y poco a poco recuperé las ganas de vivir.

La mayoría de la gente no concibe hallarse en una situación en que es preferible morir a seguir vivo. La vida es muy potente. Te domina en multitud de aspectos, desde los latidos de tu corazón hasta el sol que te acaricia el rostro, pasando por el suelo que sientes bajo tus pies. Te atrapa.

El dominio de la vida sobre mí era tenue como un hilo. Una hebra de la seda de una araña, que impedía que me arrojara al abismo de la eternidad. Luego fueron dos hilos. Luego cinco. Luego se convirtió en una cuerda. El abismo empezó a desvanecerse, y un día me di cuenta de que había recuperado las ganas de vivir. La vida se impuso sobre mí momento a momento con la necesidad de respirar, de bombear sangre, y todo ello empezó a adquirir de nuevo importancia para mí. El abismo desapareció definitivamente, sustituido por un horizonte.

—Ha llegado el momento de convertir de nuevo esta casa en un verdadero hogar, ¿comprendes, tesoro?

Bonnie asiente con la cabeza. Sé que lo entiende perfectamente.

—Ahora viene la parte que creo que te gustará —prosigo con una media sonrisa—. Tía Callie se ha tomado también unas vacaciones y vendrá a pasar unos días con nosotras para ayudarnos. —Esta noticia arranca una sonrisa de gozo a Bonnie—. Tía Elaina también vendrá.

Los ojos de la niña resplandecen como unos faros de felicidad. Su sonrisa me deslumbra. Asiente con vehemencia.

—Me alegro de que estés contenta —digo sonriendo.

Bonnie vuelve a asentir con la cabeza y sigue comiendo. Estoy absorta en mis pensamientos cuando de pronto me percató de que me está observando con la cabeza ladeada. Su rostro muestra una expresión dulce a la par que perpleja.

—¿Te preguntas por qué van a venir?

Bonnie asiente.

—Porque... —Suspiro. Respondo con otra frase simple—: Porque no puedo hacerlo sola.

Estoy decidida a seguir adelante. Pero al mismo tiempo tengo miedo. He pasado tanto tiempo trastornada que recelo de mi reciente y renovada estabilidad. Quiero tener amigos a mi alrededor para que me sostengan si comienzo a flaquear.

Bonnie se levanta de la silla y se acerca. Esta niña emana una ternura extraordinaria. Una bondad increíble. Si en mis sueños aparece el rostro de la muerte, el suyo es el rostro del amor. Alza una mano y toca suavemente las cicatrices que cubren el lado izquierdo de mi cara. Objetos rotos. El espejo soy yo.

Mi corazón se llena y vacía, se llena y vacía.

—Yo también te quiero, cariño.

Un rápido abrazo, que encierra una montaña de significado, y seguimos desayunando. Cuando terminamos, suspiro de satisfacción. Bonnie emite un gigantesco y sonoro eructo. Tras un silencio de estupor, ambas rompemos a reír a carcajada limpia. Reímos hasta que las lágrimas ruedan por nuestras mejillas. Al cabo de unos minutos las carcajadas remiten, dando paso a la risa floja, y por fin a unas sonrisas.

—¿Quieres ver unos dibujos animados en la tele?

Una sonrisa deslumbrante, como el sol sobre un campo de rosas.

Pienso que éste es el mejor día que he vivido desde hace un año. El más maravilloso.

2

Bonnie y yo recorremos la Glendale Galleria, un centro comercial impresionante, el remate a un día perfecto. Nos hemos detenido en un Sam Goody's para echar una ojeada a la sección de música. He comprado una colección de cedés titulada *Lo mejor de los ochenta*, y Bonnie se ha comprado el último cedé de Jewel. Sus actuales aficiones en materia musical concuerdan con su personalidad, llenas de reflexión y belleza, ni tristes ni alegres. Espero ilusionada el día en que Bonnie me pida que le compre un disco porque hace que sienta ganas de bailar, pero hoy no me importa. Bonnie se siente feliz. Eso es lo único que importa.

Compramos unos gigantescos *pretzels* y nos sentamos en un banco para comerlos y observar a la gente. Dos adolescentes pasan frente a nosotras, ajenos a cuanto les rodea, embelesados uno en el otro. La chica tiene unos quince años y es morena, no muy agraciada, delgada de cintura para arriba y con el trasero gordo; va vestida con unos vaqueros de talle bajo y un top de tirantes. El chico tiene la misma edad y un aspecto adorablemente patoso. Larguirucho, desgarrado, luce unas gafas de cristales gruesos, tiene acné y lleva el pelo por debajo de los hombros. Tiene la mano introducida en el bolsillo posterior de los vaqueros de la chica, que le rodea la cintura con el brazo. Ambos presentan un aire juvenil, torpón, desmañado y feliz. Dos pulpos en un garaje. Sonrío.

Veo a un hombre de mediana edad contemplando a una hermosa joven de unos veinte años. La joven parece una yegua sin domar, plétórica de energía. Tiene una maravillosa cabellera negra como ala de cuervo que le llega a la cintura. Una piel bronceada y perfecta. Una sonrisa atractiva, una nariz atractiva, todo resulta atractivo en esa chica que exhala una aplastante seguridad en sí misma y una sensualidad que parece más inconsciente que calculada. La joven pasa frente al hombre. Éste sigue mirándola boquiabierto. La muchacha ni siquiera se fija en él. Así es la vida.

¿Era yo así hace un tiempo?, me pregunto. ¿Una joven lo suficientemente bella para hacer que disminuyera el cociente intelectual de un varón?

Supongo que sí. Pero los tiempos cambian.

Los hombres siguen mirándome, no lo niego. Pero no son miradas de deseo. Son miradas que comprenden desde la curiosidad hasta la repulsión. No se lo reprocho. Sands llevó a cabo una de sus obras maestras cuando me rajó la cara.

El lado derecho está intacto, perfecto. Es el lado izquierdo el que tengo deforme. La cicatriz arranca en el nacimiento del pelo, en el centro de la frente. Desciende entre las cejas y gira a la izquierda, formando un ángulo de noventa grados casi perfecto. Me falta la ceja izquierda, suplantada por la cicatriz. La accidentada trayectoria se prolonga a través de mi sien, formando un caprichoso bucle en mi mejilla. Luego se extiende sobre mi nariz, sin llegar a atravesar el caballete, y retrocede bruscamente, dibujando una línea diagonal a través de mi fosa nasal izquierda, bajando por último por mi mandíbula, surcando mi cuello y deteniéndose en mi clavícula.

Hay otra cicatriz, recta y perfecta, que se extiende desde el centro de mi ojo izquierdo hasta la comisura de la boca. Es más reciente que las otras; el hombre que asesinó a Annie me obligó a hacerme ese corte mientras él contemplaba el espectáculo con deleite. Gozaba viéndome sangrar, lo vi en sus ojos, le producía una intensa euforia. Fue una de las últimas cosas que sintió antes de que yo le saltara la tapa de los sesos.

Ésas son sólo las cicatrices visibles. Debajo del escote de cualquier blusa que me ponga, hay otras. Producidas por la hoja de un cuchillo y la punta encendida de un puro.

Durante mucho tiempo me sentí avergonzada de mi rostro. Me peinaba de forma que el pelo me cayera sobre la frente y mi mejilla izquierda, tratando de ocultar lo que Joseph Sands me había hecho. La vida se impuso de nuevo sobre mi corazón y mi opinión sobre esas cicatrices cambió. Ahora llevo el pelo peinado hacia atrás, recogido en una cola de caballo, retando al mundo a que contemple mi rostro desfigurado.

El resto de mi persona no está mal. Soy bajita, mido un metro cincuenta de estatura. Tengo lo que Matt denominaba «unas tetas del tamaño de una boca». No soy delgada, pero me mantengo en

forma. Tengo un culo no pequeño pero respingón. A Matt le encantaba. A veces, cuando yo me colocaba delante de un espejo de cuerpo entero, él se arrodillaba ante mí, me agarraba por el trasero mirándome a los ojos y decía con un tono imitando a Gollum:

—Prrrrreciosa mía...

Siempre conseguía hacerme reír

Bonnie interrumpe mis reflexiones tirándome de la manga. Miro hacia dónde señala.

—¿Quieres ir a Claire's?

Asiente con la cabeza.

—De acuerdo, tesoro.

Claire's es una de esas tiendas diseñadas para una experiencia materno-filial. Venden una bisutería barata pero estilosa para jóvenes y mayores, pinzas para el pelo, cepillos adornados con brillantitos.

Entramos en la tienda y una de las vendedoras resulta ser una joven de unos veinte años. Se acerca a nosotras mostrando la típica sonrisa reservada a los clientes, dispuesta a ayudarnos y a vender. Al verme de cerca abre los ojos como platos. Su sonrisa flaquea y por fin desaparece.

—¿Algún problema? —le pregunto arqueando una ceja.

—No, yo... —La joven sigue observando mis cicatrices, confundida y horrorizada. Casi me compadezco de ella. Su deidad es la belleza, por lo que mi cara debe de parecerle un triunfo del diablo.

—Ve a ayudar a las otras chicas, Barbara. —Es una voz brusca, como un bofetón. Al volverme veo a una mujer de unos cuarenta años. Posee esa belleza que tienen ciertas mujeres al hacerse mayores. Tiene el pelo entrecano y los ojos azules más extraordinarios que he visto jamás—. Barbara —repite la mujer.

La joven de poco más de veinte años reacciona.

—Sí, señora —contesta alejándose de mí tan rápidamente como se lo permiten sus pies, que muestran una pedicura perfecta.

—No le haga caso, cielo —dice la mujer—. Tiene una sonrisa bonita, pero un cociente intelectual limitado.

La mujer se expresa con tono amable y cuando abro la boca para responder, caigo en la cuenta de que no se dirige a mí, sino a Bonnie.

Al bajar la vista compruebo que mi hija adoptiva observa a la joven de escasos veinte años como si quisiera fulminarla con la mirada. Bonnie muestra siempre una actitud muy protectora hacia mí, y la actitud de la vendedora la ha indignado. Responde a la voz de la mujer volviéndose hacia ella y observándola detenidamente sin el menor recato. El gesto de indignación da paso a una tímida sonrisa. La mujer con el pelo entrecano le ha caído bien a Bonnie.

—Me llamo Judith y soy la dueña de esta pequeña tienda. ¿En qué puedo ayudarlas?

La mujer se dirige ahora a mí. Yo la observo también con detenimiento y no detecto un ápice de falsedad en ella. Su amabilidad es espontánea, genuina. Es innata. No sé muy bien por qué lo pregunto, pero las palabras brotan de mi boca casi sin darme cuenta.

—¿Por qué no se muestra turbada como esa joven al verme, Judith?

La mujer me mira con ojos perspicaces y una sonrisa afable.

—Querida, el año pasado logré vencer un cáncer. Me practicarón una doble mastectomía. La primera vez que mi marido vio los resultados, no pestañeó siquiera, me dijo que me amaba. La belleza es un bien muy sobrevalorado —dice guiñándome un ojo—. Bien, ¿en qué puedo ayudarla...?

—Smoky —respondo—. Smoky Barrett. Ella es Bonnie. Queremos echar un vistazo. Ya nos ha sido de gran ayuda.

—Pues diviértanse, y si necesitan algo, no tienen más que decírmelo.

Una última sonrisa, un breve guiño y la mujer se aleja, dejando una estela de bondad como el resplandor de un hada.

Bonnie y yo pasamos más de veinte minutos en la tienda, adquiriendo un montón de baratijas. La mitad de ellas no las utilizaremos nunca, pero nos hemos divertido comprándolas. Judith nos cobra, murmuramos nuestras frases de despedida y abandonamos la tienda. Cuando salimos, miro mi reloj.

—Tenemos que regresar, cariño. Tía Callie llegará aproximadamente dentro de una hora.

Bonnie sonrío asintiendo con la cabeza y me toma de la mano. Salimos del centro comercial. Fuera hace un día soleado e ideal, típicamente californiano. Es como entrar en una tarjeta postal. Pien-

so en Judith y miro a Bonnie. Ella no se percata de que la observo. Se muestra feliz y satisfecha, como debe sentirse una niña.

Me pongo las gafas de sol y pienso de nuevo que es un día maravilloso. El mejor que he vivido en mucho tiempo. Quizá sea un buen augurio. Voy a eliminar los fantasmas de mi casa, y la vida empieza a sonreírme. Lo cual me convence de que he tomado una decisión acertada.

Sé que cuando regrese al trabajo lo recordaré: el mundo está lleno de depredadores, violadores, asesinos y tipos de la peor calaña. Caminan junto a nosotros bajo el mismo cielo azul, gozando del calor del mismo sol dorado, siempre al acecho, siempre esperando, vibrando de emoción como unos siniestros diapasones cuando pasan rozándonos.

Pero, de momento, el sol no deja de ser el sol. Como decía la voz en mis sueños: la luz sigue iluminando las cosas, aunque estén rotas como yo.